

1-1-2016

La Escritura Como Lugar para Vivir en la Obra del Exilio de Martin Ugalde

Larraitz Ariznabarreta Garabieta
Boise State University

Capítulo 11

La escritura como lugar para vivir en la obra del exilio de Martín Ugalde

Larraitz Ariznabarreta Garabieta

Mondragon Unibertsitatea

*Para un hombre sin país,
escribir se convierte en un lugar donde vivir.*

Theodor Adorno, *Minima moralia*

¿Quién soy yo sin exilio?

Mahmoud Darwish, *El lecho de una extraña*

Resumen: El carácter excepcional de la «experiencia del exilio» resulta siempre revelador de una exégesis identitaria personal obligada. A través de un análisis crítico del discurso el presente trabajo incide en las huellas discursivas que el exilio dejó impresas en la obra del periodista e intelectual vasco Martín Ugalde, subrayando el carácter metonímico y representativo que a menudo adquieren los textos de los escritores exiliados con respecto a la construcción identitaria propia y del colectivo al que pertenecen. Los constituyentes de la identidad adaptativa y de proyecto de Ugalde se desvelan a través de la lectura semiótica del primer ciclo cuentístico y los reportajes del autor, que reveladoramente giran en torno a los comportamientos por acomodarse a las nuevas circunstancias de aquellos hombres y mujeres obligados a abandonar su país de origen y establecerse en otro capaz de ofrecerles un futuro, aun a costa de tener que recorrer un camino pavimentado de esfuerzos, dificultades y hasta miserias. Así, la obra venezolana de Ugalde manifiesta un ansia indudable de profundizar en lo elemental humano a través de la descripción detallada, minuciosa y lírica de la diversidad de la geografía de seres marginales --indios criollos, emigrantes— que constituyen la fuerza de trabajo de la Venezuela a la que llega de joven el autor.

El carácter excepcional de la «experiencia del exilio» resulta siempre revelador de una exégesis identitaria personal obligada.¹ En el caso de los intelectuales desterrados, las huellas discursivas de esa exégesis en sus obras indefectiblemente hablan de la problematización de diversas variables centrales en la construcción identitaria social e individual del exiliado. Como recordaba Theodor Adorno, para el exiliado, para un hombre sin patria, la escritura se convierte en un lugar para vivir.

En su sugerente artículo «Other than myself/my other self», la escritora vietnamita Trinh T. Minh-ha apunta hacia la paradoja de que, a pesar de que frecuentemente se afirme que los intelectuales exiliados están «condenados a escribir (y a reescribir) trabajos autobiográficos», los textos de dichos autores aparecen a menudo «invadidos de características temáticas y retóricas que prevalecen a la experiencia personal y biográfica de esos escritores individuales» (10). Esta paradoja se funda, según la escritora vietnamita, en la constatación de que los escritores desplazados suelen asumir como objetivo central de su escritura aportar un testimonio de su experiencia a sucesivas generaciones de la comunidad a la que pertenecen:

Directing their look toward a long bygone reality, they supposedly excel in reanimating the ashes of childhood and the country of origin. The autobiography can thus be said to be an abode in which the writers mentioned necessarily take refuge. But to preserve this abode, they would have to open it up and pass it on. For, not every detail of their individual lives bears recounting in such an «autobiography», and what they chose to recount no longer belongs to them as individuals. [...] They do not so much remember for themselves as they remember in order to tell. When they open the doors of the abode and step out of it, they have, in a sense, freed themselves again from «home»: They become a passage, start the travel anew, and pull themselves at once closer and further away from it by telling stories (10).

Los intelectuales desterrados adoptan, en suma, el papel de representación que cumple «aquello que R. Bellah (1989) definió como comunidad de memoria, que se refiere a la aportación que hacen aquellas comunidades que con el fin de no olvidar su pasado, vuelven a contar su historia, narran su constitución, y al hacerlo están trazando el mapa, están iniciando e ilustrando el sentido y la definición de lo que esa comunidad cree que son los límites y los contenidos de la comunidad» (Gurruchaga 104). En pocas palabras, tal como señala Minh-ha, el escritor exiliado escribe — más que para poder recordar por sí mismo— para narrar su experiencia a sus conciuda-

¹ Este artículo es una versión revisada de un fragmento de mi libro *Martin Ugalde, Cartografías de un discurso* (Buenos Aires: Ekin, 2015).

danos, y, debido a esta particularidad, sus elecciones semióticas —aquellas matrices de significado y signos lingüísticos por los que opta en su discurso— siempre están supeditadas a este objetivo testimonial.

Son muchos los escritores del exilio que han hecho declaraciones en este mismo sentido. En su artículo «¿Por qué escribo sobre la guerra y el exilio?», el escritor republicano Virgilio Botella Pastor (1995) se expresa de forma idéntica. La motivación del propósito de escribir sobre la experiencia personal del exilio reside, según este escritor, además de en razones de tipo subjetivo, en «la decisión de dejar un testimonio escrito de la guerra y el destierro en cuanto tienen de más intenso y entrañable para así impedir que «la herida que provocó su destierro se cerrara en falso» (58). El compromiso de «mantener la llaga al sol hasta que sanara como debía sanar» rige así la escritura del escritor expatriado (58). Según Botella Pastor, los escritores desterrados contribuyen «a colmar un vacío, a compensar de algún modo una vida truncada, llena de frustraciones espirituales y materiales; pero también a dar un cierto sentido de unidad a la dispersión, a sembrar el testimonio de los treinta y cinco años de resistencia del exilio interior y de los exiliados en tierras generosas donde las simientes prenden y germinan» (59).

También el profesor Federico Álvarez Arregui alude a la «anormalidad del exilio» como factor constitutivo de una mirada común en todo exiliado (43), mirada que inexorablemente vincula al desterrado con una militancia política, con un objetivo testimonial y manumisor:

Esa anormalidad del exilio crea una sensibilidad diferente y específica de lo nacional, que se manifiesta —cuando en realidad existe— de dos maneras que son en definitiva la misma: la militancia política (que es una militancia obsesiva porque tiene como objetivo el regreso a la tierra) y la nostalgia espiritual, cultural, subjetiva: memoria detenida a la que le hace convivir, como ya he dicho, con otra diferente, cotidiana, viva en el tiempo (43).

Es precisamente por este motivo por el que la obra del escritor y periodista vasco Martin Ugalde (1921-2004) resulta de una doble afirmación identitaria;² lo convenía el propio autor en el periódico caraqueño *La República* (1964), cuando alegó que: «en realidad, toda mi obra literaria y periodística responde a un complejo proceso psicológico: de adaptación y de

² Manuel Castells define la identidad como «el proceso de construcción del sentido atendiendo a un atributo cultural o un conjunto relacionado de atributos culturales al que se da prioridad sobre el resto de las fuentes de sentido» (28).

interpretación» (Lizardo).³ En la mirada literaria y periodística de Ugalde confluyen, en efecto, una variedad de matices que lo convierten en germen más que idóneo para proponer un análisis hermenéutico de su obra. No en vano afirma Edward Said que: «Most people are principally aware of one culture, one setting, one home; exiles are aware of at least two, and this plurality of vision gives rise to an awareness of simultaneous dimensions, an awareness that —to borrow a phrase from music— is contrapuntal» (186).

Así, en la medida que epitoman el testimonio de un eterno exiliado inconformista y, por ende, fueron contruidos desde el compromiso con la memoria (a)callada de sus coetáneos venezolanos y vascos, también los artículos periodísticos y el mundo narrativo de ficción de Ugalde adquieren un valor de testimonio vivo de los lugares de memoria de colectivos silenciados ora por la censura franquista, ora por las consecuencias devastadoras entre las capas más desfavorecidas del milagro económico que trajo consigo la explotación petrolífera en Venezuela a partir de los años treinta del siglo pasado. Finalmente, sus obras también constituyen prueba discursiva de la disidencia con respecto a los requiebros de la embrionaria democracia española durante la Transición.

Textos de temática vasca

El caso de Ugalde es, además, paradigmático del carácter periférico, errante y testimonial al que se alude debido, sobre todo, a que sus exilios en Francia y Venezuela supusieron, además de un extrañamiento de espacios geográficos, una alienación lingüística de doble dirección: con respecto a su lengua materna en primer término y, paradójicamente, en la lucha por recuperarla en su forma normativa y literaria ulteriormente:

Por una parte, nadie en mi niñez me ayudó oficialmente en mi Andoain nativa a prolongar la lengua única de mis abuelos y de mis padres más allá del hogar y de la Iglesia. Luego he vivido fuera de mi país; ya se sabe que muchas veces, y es el caso de los vascos de lengua, una ausencia prolongada de la tierra la mata porque no tiene el vasco receloso la fortuna de poder emigrar a ningún otro país de su lengua. Para dar un ejemplo, no le faltó el aliento de su lengua a un León Felipe en México, pero exactamente en el mismo tiempo cronológico y político vivía Nicolás Ormaetxea «Orixe», en el desamparo conmovedor de faltarle su lengua en

³ En el artículo he optado por el uso de la ortografía vasca a la hora de referirme al autor, a quien también se le conoce como Martín Ugalde o Martín de Ugalde.

Guatemala; cada uno ha dejado este entrañable testimonio circunstancial en su obra. [...] La diferencia entre un «Orixe», el mayor poeta vasco contemporáneo (de quien, y es una acusación, no habrá oído hablar casi ningún crítico español) y León Felipe, uno de los grandes poetas españoles, es el mundo cultural de su lengua (Ugalde 1992a: 45-46).

El destierro se nos muestra así en Ugalde como un ejercicio problemático de doble faz, en lucha con la nostalgia que le provoca el recuerdo fragmentado —y fracturado por la guerra— del país de origen que dejó forzosamente atrás, y en lucha, asimismo, con una lengua «llena de acentos desconocidos» propias de las gentes que poblaban «el juego de rompecabezas» que era la Venezuela a la que llegó Ugalde proveniente de Andoain —un, entonces, pequeñísimo pueblo de la Euskadi derrotada (1992a: 46). Así lo expresa el autor:

Acaso es por esto que hay pocas cosas más entrañablemente sentidas por el vasco que el castigo del destierro. No es destierro para el vasco ese saltarse el Bidasoa (que es un cuento de faisanes) a lo Unamuno, pero sí el Atlántico a lo «Orixe», y este tipo de viajes sigue produciendo hoy el mismo dolor profundo de los tiempos en que el castigo más severo que preveía la ley que se daban los vascos para castigar a los vascos era este alejamiento de su tierra. Pero aún hay otra manera de irse que todavía es más dramática: la del que queda en su propia casa a la intemperie del forzado abandono de su lengua (1992a: 46).

La obra del exiliado Ugalde está —como lo está la narradora de su primera novela en euskara *Itzulera baten historia* («Historia de un regreso»)— en permanente tránsito entre los dos espacios-conflicto y las dos lenguas de su experiencia. En virtud de esta circunstancia, y en la medida en que «los textos de los escritores exiliados no son efectos mecánicos de un momento determinado —un hablar por hablar—, sino más bien resultado de la reflexión pausada de “lo que viene después de aquel momento”» (Bocchino 97), los temas y los recursos estilísticos empleados por Ugalde cobran un valor simbólico y testimonial indiscutible. Como ejemplos, se pueden mencionar el carácter marcadamente divulgativo de gran parte de su obra ensayística, los recursos a formas morfológicas que inciden en el carácter colectivo —y defensivo— de su identidad vasca que se trazan en sus artículos de opinión, o la carga simbólica de muchos de sus personajes y matrices temáticas, que sólo pueden explicarse desde la necesidad manifiesta de sacudirse el sentimiento de desarraigo que provoca «el dolor amarillo y difuso» ocasionado por el exilio (Ugalde 1992a: 45).

Las alusiones literales y metafóricas a términos como «viaje» o «frontera» son abundantes en el discurso literario de Ugalde, y las connotacio-

nes —de tropos cargados de significado— que presentan éstos y otros términos referidos al ámbito topo-espacial permanecen como alegorías válidas de la traslación —y permanente traducción— de sus textos a través de estilos heterogéneos y géneros diversos por los que optó el escritor en virtud, precisamente, de aferrarse al carácter testimonial de su obra. Los viajes —siempre accidentados y azarosos— trasladan a los personajes de la ficción de Ugalde, o bien en busca de un mundo mejor —aunque desconocido e impenetrable—, o bien de regreso en busca de sus orígenes a una Ítaca que, una vez reencontrada, apenas guarda nada de la arcadia soñada. Esta es la clave, ciertamente, en la que la observación taquigráfica del joven reportero Ugalde, que viaja por todo el país «como se completa un puzle» (1992a: 41), adquiere su verdadero significado de búsqueda radial y da como resultado la geodesia detalladísima de Venezuela relatada en términos cartográficos (occidente, centro, oriente, sur) en su obra *Mientras tanto fue creciendo la ciudad* (1992).

De manera idéntica, el crítico de la obra de Ugalde pronto se percató de la constante traslación entre géneros, estilos y lenguas que caracteriza sus textos. A esta luz, sobresale la reformulación —casi (re)escritura— de su única obra de teatro publicada, *Ama gaxo dago* («Mamá está enferma») (1964) —un relato parenético de trazos gruesos, escrito en clave metafórica con el objeto de acallar las voces de sirenas en torno a la muerte del euskara— y la manera en que ésta se traduce al castellano en forma de ensayo, dando como resultado su libro *Unamuno y el vascuence* (1966). También, las referencias positivistas propias de la epistemología del discurso histórico a la que aspira el autor en su *Síntesis de la historia del País Vasco* (1974) dan paso a las características y recursos estilísticos propios del discurso ficcional que denota la intrahistoria de los personajes simbólicos de la novela de héroe colectivo *Las brujas de Sorjín* (1975). Estas traslaciones —junto con la constante duplicación de los argumentos vertidos en infinidad de prólogos e introducciones, a menudo en idiomas distintos y en formatos genéricos diversos— epitoman, en fin, el tránsito entre lenguas y géneros literarios característico del autor que nos ocupa y dan fe de lo axiomático de la presencia del exilio en su obra.

Simétricamente, abundando ahora en las metáforas conceptuales en torno al campo semántico del desplazamiento que rebrotan en su obra literaria, adquieren un valor simbólico indiscutible el arriesgado viaje de Jacobo Santiago [«Las manos grandes de la niebla» (1964a)] a la ciudad en «una caja suspendida del cable con dos ganchos de balancín» (35), los viajes sin retorno de muchos buzos en «El cabo de la vida» (1964a: 79), el desengaño que la llegada de su novia supone para Juan en «La llegada de Engracia» (1958: 43), la búsqueda incansable del padre en *Pedrotxo* (1995),

el errar identitario del personaje del relato «Fracaso» (1992b: 3), los sueños infructuosos de Anastase [«La semilla vieja» (1958)] por volver a su país, los malos augurios y decepción profunda que provoca a la niña protagonista de *Itzulera baten historia* desandar el camino recorrido,⁴ o la enajenación mental causada por el dolor del destierro que le impide al anciano de «El regreso» (1992b) siquiera reconocer a su propia familia cuando estos van a recogerlo tras años sin verlo.

Las alusiones a las fronteras —geográficas y alegóricas— son igualmente innumerables en la obra literaria de Ugalde. Considérense, por ejemplo, en *Las brujas de Sorjín*, las lindes que demarcan el pueblo de Sorjín que contribuyen a separarlo de sus vecinos —«gentes de dos ciudades grandes» (14)—; su río, «que divide la aldea en dos» (14); y sus puentes, cuyo paso está «prohibido a las brujas» (14). Considérense en esta novela —de forma también metafórica y en clara alusión al exilio— la frontera entre la vida y la muerte que traspasa Don Joxe Mari Naparra, y el carácter fuertemente simbólico de este personaje, «más vivo que muchos muertos que andan por su pie por los caminos del pueblo» (20). Apréciense que el personaje de Migel en *Ama gaxo dago* se describe en las acotaciones de la obra como «el hermano» que, «en virtud de alcanzar «una vida de sabiduría», vive alejado del dominio rural-materno» (7), y cómo, también en este texto teatral, los personajes que escapan del perímetro de influencia matriarcal-lingüística tienden a desvanecerse, a formar parte de un mundo desconocido. Pareja suerte corren los campesinos protagonistas del cuento «Del Cemento» (1964a: 141) —Lucía y su padre anciano—, que se han visto obligados por su hermano e hijo, a cruzar las fronteras entre el campo —que recuerdan mediante la analepsis como un lugar arcádico en el que el afecto de la familia y la cotidianeidad permitían un acceso a la felicidad tranquila— y la ciudad, que se describe como «un cajón de cemento sin lucir» en el que el ambiente de silencio y de muerte habla de desarraigo, soledad y dolor (142).

Además, un número considerable de los personajes desventurados de la ficción de Ugalde se encuentran en situación de destierro, ora expresado en el discurso en forma de personajes emigrantes que experimentan un aleja-

⁴ En alusión a este desarraigo con respecto a la patria de origen en *Itzulera baten historia*, afirma M.^a Pilar Rodríguez que «las discrepancias entre la visión nostálgica e idealizada transmitida por el padre a la joven a través de numerosos relatos y conversaciones se transforman en amarga decepción cuando la joven regresa al lugar de sus orígenes y no puede reconocer ese mundo tan añorado por el progenitor» (194). Y añade: «La confluencia de las generaciones que han alcanzado el estado adulto en diversos lugares de la geografía de Euskadi, de Francia y de Venezuela con el mundo de los hijos da lugar a narraciones y a recuento de episodios que proporcionan información de primera mano en torno a los acontecimientos políticos y las razones que provocaron el exilio» (194).

miento físico de la patria, ora conceptualizado en un desarraigo del mundo, expresado por las dificultades vinculadas a la edad, la soledad, la incomunicación [«La luz se apaga al amanecer» (1958: 9)], o la imposibilidad de integración. Así lo expresa Henar Amezaga en su reflexión sobre los cuentos venezolanos de Ugalde:

La complicada integración del exiliado provoca la imposibilidad de sentirse de un lugar concreto. En el país de acogida es del país de origen, y al volver al país de origen se siente del país de acogida. El exilio los convierte en nómadas eternos que van dejando trozos de su alma en los países que les ofrecen el calor de la acogida (234).

Sus narradores en primera persona, muchos desprovistos de nombre y desvalidos («El regreso», «Del cemento. La trampa del cemento», *Itzulera baten historia*), se (re)construyen y comunican mediante el recurso a la «memoria afectiva» y buscan evadirse de una realidad caótica a través del sueño, el silencio, o la vuelta —nunca resuelta de forma idílica— al hogar. La niña protagonista de *Itzulera baten historia* llega a explicitar este extrañamiento de la manera que sigue:

Bestalde, hasia nintzen pentsatzen, egitan, neuk ez nituela inoiz aita-txok bere lurtean ikusi zituen mirariak ikusiko. Ez nekien zergatik; behar bada neuk lur hau, nire aitaren eta amaren lurra, bereziki nirea bezela sentitzen ez nuelako. Neuk Ameriketako, Venezuelako, oroitzapen ederrak nituen... Baina, bestalde, oroipen zoragarri hauek nire guraso eta anaia eta ahizpekin, eta Rosa Chacón indiarrarekin ere lotuta zeuden; hasia nintzen, bestalde, amonarekin izandakoak gogoratzen, barnetegia ere nire munduan zegoen baina pentsatzen hasia nintzen nire aitak zituen egiazko erroak ez nituela neuk inoiz nire bezela ezagutuko... Eta hark ere ez nireak... [...] Dezepzio hau ere nire barruan zegoen dagoeneko (132).

En definitiva, los hombres y mujeres que pueblan la narrativa de Ugalde constituyen una constelación de personajes que «han nacido para esperar» (1964a: 18). Son caracteres que buscan interpretar las claves de su nueva realidad arcana —«llena de acentos» (1958: 52)—, que a duras penas entienden y a la que se adaptan con resignación (por ejemplo, en los relatos «La luz se apaga al amanecer» y «De la niebla. Las manos grandes de la niebla»). Así se aprecia en el siguiente fragmento de «La llegada de Engracia»:

Tropezando con su humanidad, recorrió la parte del muelle que ocupaba el barco como una docena de veces, y después de haber visto tanta gente y oído tanto grito, no se le quedó la imagen de una sola cara ni el

acento de una sola voz. Era como un juego de rompecabezas, en que uno va a buscar una sola pieza, sin fijarse en ninguna más, y sigue sin conseguirla» (1958: 50).

En este sentido, tal como defiende Adriana Bocchino, cabe destacar que «hay una relación intrínseca entre los que no tienen poder y los desplazados» porque «moverse, correr, fugarse, implica no tener poder y, a veces, no querer poder, renegar de él, ser indiferente al poder» (94). Bocchino añade: «El poder fija, nos fija, y puede que muchos, muchas, expulsados/as o arrojados/as, impedidos/as alguna vez hacia la errancia, no puedan volver o, finalmente, tal vez elijan la errancia, el espacio y el tiempo del viaje, aun cuando vuelvan para quedarse o “de visita” a sus lugares de origen, a aquello que llamamos patria» (94). El exilio se convierte así en condición irreversible y axiomática en la biografía de los desterrados —también en la de Ugalde, indefectiblemente—, por lo que las alusiones genéricas a esta situación contribuyen a enmarcar el pensamiento de nuestro autor y las características de su discurso en las coordenadas geomorfológico-ideológicas adecuadas.

Las experiencias límite, los traumas o recuerdos fundacionales de un individuo o colectivo a menudo adquieren una relevancia de primer orden en su construcción identitaria (Capra 232).⁵ En esta línea, tal como subraya Said, la crueldad del exilio —más allá de las connotaciones metafóricas y literarias que sugiere— radica en que consiste en un castigo que persigue silenciar y negar la identidad a aquellas personas que lo sufren (175).⁶ Así, paradójicamente, el exiliado debe (re)construirse sobre esa negación substancial y en el proceso se ve obligado a explicar(se) las tramas sobre las que cimentará su renovada identidad. El exilio cobra así valor sobresaliente como momento de identificación identitaria, traccionando la exégesis de un determinado constructo identitario, que se substantia, a su vez, a través de una determinada narrativa, de un meta-discurso en torno la propia identidad:

⁵ El término «trauma fundacional» se refiere al acontecimiento, real o imaginario, que por su carácter extremo supone un riesgo para la identidad misma del individuo o la colectividad, pero que, paradójicamente, se convierte en el pilar mismo de la nueva cimentación identitaria.

⁶ Said lo explica así: «Exile is a discontinuous state, a condition legislated to deny dignity —to deny an identity to people. Exile is strangely compelling to think about but terrible to experience. It is the inhalable rift forced between a human being and a native place, between the self and its true home: its essential sadness can never be surmounted. And, while it is true that literature and history contain heroic, romantic, glorious, even triumphant episodes in an exile's life, these are no more than efforts meant to overcome the crippling sorrow of estrangement. The achievements of exile are permanently undermined by the loss of something left behind forever» (175).

Escribir es el destino del que se arma el desterrado para seguir viviendo [...]. Se trata del testimonio de una subjetividad que, en tanto testimonia, recuerda, arma su recuerdo, sabe que recuerda y sabe, porque lo escribe, que está armando su recuerdo y que no se trata de una manifestación espontánea. A medida que escriben [...] se reconstruyen como subjetividad y, al mismo tiempo, recobran su identidad (Bocchino 96).

Esta necesidad exegetica —a la que el propio Ugalde alude como «una actitud instintiva, que constituye la respuesta que debo a una situación de mi vida frente a algo fundamental» (Ariznabarreta y Beti 32)— se moldea en el escritor a través de «la palabra escrita como medio de exorcizar los demonios personales y de concretar los ideales subjetivos» (Ascunce 1993: 69). Ciertamente, en el caso de Martín Ugalde no resulta difícil rastrear los momentos de identificación, los recuerdos fundacionales, que intervienen en la dinámica fluida de su construcción identitaria.⁷ Las referencias, significantes y marcas repetidas y reconocibles en sus biografemas, son innumerables; emergen dondequiera que el crítico de su obra detenga el análisis. Entre los «dramas» que vivió y le enriquecieron (Angulo 56) destacan su condición de miembro de una cultura minorizada,⁸ el recuerdo de una guerra «incivil»,⁹ la experiencia dolorosa del destierro¹⁰ y la necesidad de adaptación a su nueva patria. Estos ejes biográficos de identificación y las negociaciones sociales que comportaron serán pilares fundamentales sobre los que se construya la narrativa de la identidad individual y colectiva del escritor.

⁷ El trabajo recopilatorio de Joan Mari Torrealdai resulta de valor incalculable a la hora de establecer los que hemos convenido en definir como *momentos de identificación* en la vida de Ugalde. También han resultado centrales otras entrevistas realizadas al autor y los testimonios recogidos de los que fueron compañeros de exilio en Venezuela. Muchos de estos testimonios se han consultado en las actas de los diversos congresos organizados en torno al exilio por la asociación Hamaika Bide.

⁸ Así lo expresa Ugalde: «Me fue negada la formación cultural y profesional en euskara, y me siento amputado, ciertamente. Trato de complementarme en condiciones difíciles y siempre dolorosas, porque ahí está, en verdad, mi corazón, y sobre todo mi conciencia» (1982: 2).

⁹ Ugalde menciona las consecuencias que la guerra del 36 tuvo en su biografía más íntima en innumerables ocasiones: «De mi infancia a mi juventud hubo una guerra que truncó mi vida de distintas maneras, entre ellas el de la escuela y los amigos, del país, la lengua, las lecturas. Me cambió el mundo» (Ariznabarreta y Beti 46).

¹⁰ Ugalde se refiere a menudo al exilio como «la cruz del destierro» (1992a: 10).

Textos venezolanos

Lejos del carácter rebelde y defensivo que muestra gran parte de su obra de temática vasca, la obra venezolana de Martín Ugalde epitoma una construcción identitaria sujeta, como tratará de justificarse, en la necesidad de adaptación del escritor a las nuevas realidades sociales y políticas de su país de adopción. El contexto social de la Venezuela en la que desembarca Ugalde en 1947 es dual y contradictorio. Así se referirá el autor a la frágil «libertad política recién estrenada» que descubre a su llegada a Venezuela:

[El espíritu de libertad] se quebró, porque la aprobación de la nueva Constitución y la elección de don Rómulo Gallegos (1947), independiente en una candidatura presentada por Acción Democrática para Presidente de la República, duró poco más de un año; en noviembre del año siguiente fue derrocado por los militares, que no pudieron doblar el espinazo moral y democrático del Maestro Gallegos; el golpe fue dado por su propio Ministro de Defensa, Carlos Delgado Chalbaud, y dos compañeros de armas: Marcos Pérez Jiménez y L.F. Llovera Páez, recién ascendidos a tenientes coroneles. Hasta que unos meses más tarde, en 1950, fue asesinado aquel a quien se consideraba como más democrático, Delgado Chalbaud (1992a: 27).

Durante la década de los cincuenta la actividad minera y petrolera, factor determinante en la prosperidad económica de la burguesía del país, auspició de la mano del presidente Gallegos una abundancia de medidas de tipo educacional, económico, asistencial y laboral.¹¹ Ugalde, como muchos exiliados vascos, celebra la llegada al poder de Gallegos, pero también recuerda que «la fiesta terminó enseguida y volvimos a la militarada; aunque en lo cultural no era el franquismo» (1992a: 25). Sin embargo, reconocía años después: «Este acontecimiento que marcó dolorosamente la historia de Venezuela también afectó mi quehacer periodístico» (1992a: 25).

Por tanto, ni las medidas del gobierno de Rómulo Gallegos —por breves— ni la ejecución de un amplio programa de obras públicas que resultaron de las dictaduras del Gabinete Ministerial, primero, la Junta Militar de

¹¹ En palabras de Vitale, «la producción petrolera de Venezuela se duplicó entre los años 1945 y 1951. En algunos países, como Venezuela, el sector burgués de las industrias de exportación, asociado con las empresas del Estado, comenzó a ejercer, junto con la burguesía financiera, la hegemonía en el bloque de poder de la clase dominante. A los nuevos sectores burgueses sólo les interesaba producir para la demanda externa, insertándose en la nueva división internacional del capital-trabajo. Por eso, su proyecto difería del de la burguesía agraria y manufacturera tradicional que trabajaba fundamentalmente con el mercado interno» (29).

Gobierno, después, y la autocracia de Pérez Jiménez, finalmente, contribuyeron a la estabilización de beneficios sociales para la ingente capa de venezolanos que conformaban la mano de obra necesaria para que cristalizara el milagro económico del país caribeño. Así lo recoge el propio Ugalde de forma lírica en sus reportajes *Cuando los peces mueren de sed* (1963):

Esta es una de las terribles consecuencias de los despilfarros de la dictadura. En lugar de cimentar y enraizar el país, le construyó en el aire los torpes desafíos de los teleféricos y las torres gigantescas y las autopistas ciudadanas. Entretanto, en el inmenso cuerpo abandonado del pueblo, la sustancia de la vida, las reservas de tierra y de hombre, se están muriendo arrastradas por las aguas, el viento, el hambre, el frío y la miseria (135).

En su magnífica obra *Venezuela*, el profesor Edwin Lieuwen se refiere a la evidente contradicción social del país en los primeros años de la década de los cincuenta en los siguientes términos:

The rise of an industrial working class, the spread of popular education, and a growing middle class are all factors tending to obscure the lines between the classes of Venezuelan society. Meanwhile a majority of the nation's population remains ill-fed, ill-clad, poorly housed, illiterate, and disease-weakened. Most rural families live in primitive huts without illumination, privacy, or decent sanitary facilities. With antiquated tools, they eke out a meager existence from the soil. Many city dwellers live in similar conditions, although slum clearance and improved sanitation are gradually restoring the most unsightly sections of Caracas and other major cities (17).

Como se desprende de esta cita, desde el punto de vista social los resultados obtenidos por un aumento de la demanda mundial de hidrocarburos después de finalizada la Segunda Guerra Mundial no fueron halagadores para grandes masas de la población venezolana; y esto, sobre todo, debido al «crecimiento macrocefálico de las ciudades» (Vitale 47), fruto del incremento de la migración desde el campo. Los problemas que conllevó la urbanización masiva generaron «un nuevo modo de vida» y propició, según Karl Kohut, «el desarraigo producido por el crecimiento hipertrofiado de la ciudad, el vértigo de sus cambiantes arquitecturas», lo que «dejó a la colectividad sin puntos de referencia» (117). Según este mismo autor, en estas coordenadas sociales de cambio y profunda desigualdad, muchos escritores venezolanos contemporáneos a Ugalde, al igual que él, se muestran empeñados en aportar «el gesto de una narrativa con el aliento de restablecer una especie de macrorrelato fundacional» como «un modo de sobrevivir» (117).

En su obra venezolana — como tratará de demostrarse — Ugalde esgrimirá recursos, si bien empáticos con el hombre sufriente y sus circunstancias, más tendentes a la construcción de una identidad transformadora, adaptativa o de proyecto, alejándose del carácter defensivo que, tal como se ha señalado, caracteriza su identidad colectiva vasca. Una vez más, la obra de Ugalde se asienta como foco de construcción identitaria irrenunciable, en este caso para la identidad colectiva de su país de acogida. Porque tal como admitía un crítico venezolano en la contraportada de *La semilla vieja*, «se resume en ella, mejor que en uno de esos libros pedantescamente llamados de sociología, los afanes, las aspiraciones, estímulos para la lucha y efímeras ráfagas de desaliento que mueven al inmigrante en Venezuela».¹²

El monstruoso crecimiento de las ciudades venezolanas al auspicio «del milagro del petróleo» — formulado por Ugalde como «la estafa de las ciudades» (1963: 134) — se enuncia a menudo en sus reportajes de *Cuando los peces mueren de sed*. El periodista recoge una descripción de Caracas en su reportaje «Así va creciendo la ciudad», donde se refiere a su brusca expansión, afirmando que «para 1950, desde Catia hasta Santa Rosa y desde Lídice hasta Los Castaños se había convertido casi en un solo bloque de área habitada con casas pegadas unas a otras, con grandes bloques de vivienda continua» (220). En «Cuando Cabimas era sólo un trozo de tierra» se refiere al cambio dramático sufrido por la ciudad: «convertida, con sus 70.000 habitantes, en el primer centro petrolero de Sud-América y en uno de los primeros productores petroleros del mundo», «sólo diez o doce años atrás era prácticamente un caserío» (167). Ugalde recuenta — a través de los ojos de los pobladores originales de la ciudad — el día en que «comenzó a llegar gente con máquinas y cuando estalló aquel tremendo surtidor de petróleo que comenzó a regresar al suelo como una llovizna viscosa y negra que podía pegarlos a su tierra y enterrarlos como simples moscas. Y la invocación cuando después comenzaron a llegar hombres y mujeres de quién sabe dónde, armando terribles escándalos en los tugurios, ferias permanentes de juego con estallidos de música metálica que perforaba durante las noches todas las paredes de barro» (168).

Ugalde compara el «auge brusco de la construcción en Caracas» con un «entierro de tierra fértil» (222) y las «cuadras» recién construidas con «brazos nuevos que van naciéndole a la ciudad», que por «fuerza de afecto o por prurito económico o por necesidad vital son como hijos recientes que hay que conocer cada mes, cada día y cada hora» (222). La nueva magnitud de las ciudades venezolanas es descrita siempre — y sin remisión — como

¹² Ha resultado imposible rastrear el nombre del autor que se esconde tras las iniciales «C de J» que firman estas afirmaciones. Tampoco las referencias a la revista *Cuadernos de París* han arrojado luz en esa dirección.

un proceso alienante para sus pobladores originales, que a menudo se nos describen como personajes deambulando sin rumbo:

La tierra se ha llenado de cal, de piedras y ladrillos, y hombres de muchos pueblos manejan los elementos de este entierro de tierra fértil que murió añorando raíces con riegos tibios, abonos sustanciosos, pisadas suaves de hombres encariñados con la tierra, de cascos lentos de las bestias cargadas de frutos. Pisos de cemento y de macadam van cubriendo poco a poco superficies de tierra que no darán una brizna de hierba o una flor silvestre o un humilde gamelote en mucho tiempo. Y encima vendrán mujeres del pueblo, hombres del pueblo que la acariciaron muchas veces, y llegarán con papeles en la mano y buscarán una dirección y se guiarán por tal o cual mata que aún queda de pie y llorarán por dentro, perdidos sobre el asfalto (222).

El mundo narrativo del periodista describe con precisión los barrios atestados que rodean Caracas «como un cinturón de miseria» (247) y denuncia que «seguramente no bastarían los enormes recursos financieros del país para acabar con la miseria del casi medio millón de caraqueños encaramados en los escarpados de los cerros» (243), porque, «almacenándolos en unas jaulas de concreto de veinte pisos no se consigue sino cambiar la dirección de la miseria, hacerla vertical, elevarla sobre la superficie del suelo; lo que está bien lejos de alcanzar la felicidad del cielo de una solución» (243).

Las consecuencias devastadoras de la «voracidad comercial» (267) y del «progreso desaprensivo» (266) construido a espaldas de cualquier medida humana se evidencian en la imposibilidad de ofrecer asistencia médica y educación a los hijos de las familias más desfavorecidas [«El otro Amuay» (1963: 179), «Del barro» (1964a: 40)], la salud de sus nuevos habitantes [«¿Qué pasa con el clima en Caracas?» (1963: 252)], el devastamiento de los recursos naturales [«¿Qué pasa con los parques nacionales?» (1963: 265), «Nuestra vida comienza en los bosques» (1963: 259)] o la pérdida de los valores nacionales idiosincrásicos y culturales primigenios [«El periódico de Clarines acaba de morir» (1963: 273), «Cristo en Guayaco» (1963: 312)]. Ugalde denuncia problemas fundamentales como la falta de salubridad en los barracones en los que malviven los emigrantes o la dificultad de éstos para acceder a la educación: «En cuanto a las escuelas, que no se pueden sembrar como las papas o el maíz, los niños tienen que turnarse, mañana y tarde, en dos grupos, porque no caben todos juntos ni tienen maestros suficientes» (1963: 149).

La obra venezolana de Ugalde evidencia un ansia indudable de profundizar en lo elemental humano a través de la descripción detallada, minuciosa y lírica de la diversidad de la geografía de seres marginales —indios, criollos, emigrantes «llegados de quién sabe dónde» (1992a: 167)— que

constituye la fuerza de trabajo del «milagro venezolano». Lo recogía de este modo una crítica literaria de 1959 en el diario *El Independiente* referida al libro de relatos *La semilla vieja*:

Dos cosas esenciales destacan en la cuentística de Martín de Ugalde: de un lado, una voluntad férrea, una pasión ilimitada por integrarse, por fundirse, por hacerse él mismo carne y sangre, gozo y agonía de las tierras y de las gentes venezolanas; del otro, un terco deseo de dejar testimonio, de convertirse en fiero e insobornable intérprete de algo que bien podría considerarse como una nueva clase social en Venezuela: los inmigrantes. Lo primero se patentiza en su afán de conocimiento de tierras y gentes, y, sobre todo, en su pasión por adoptar los giros expresivos más genuinos, más arraigadamente criollos de esas gentes; lo segundo, en esa especie de amor rabioso que tiene Ugalde por las criaturas llegadas de otras tierras, desplazadas, desarraigadas, desheredadas de la fortuna (cit. Torrealdei 1998: 313).

Por todo lo afirmado, puede defenderse que «Martín Ugalde trata lo ordinario, las historias de todos los días y las universaliza buscando una esencia que las una a todas ellas» (Amezaga 224), «proclamando una vuelta a la humanización» (González Allende 298). Así, la historia humilde y humana de aquellos hombres y mujeres que, sin tener más que sus propias manos para trabajar, se ven obligados a abandonar su país de origen puebla los cuentos de Ugalde, que se afana en mostrarnos la realidad de la condición desgarradora del emigrante universalizando su dolor a través de episodios descarnadamente humanos y dirigidos a deshacer falsos estereotipos y buscar la empatía del lector.

Las referencias explícitas a la humanidad de muchos de los personajes venezolanos de los relatos de Ugalde apuntan en esa dirección, precisamente. De hecho, llama la atención lo recurrente del sustantivo «humanidad» a lo largo de todos los relatos breves del escritor. Bastarán algunos ejemplos para aclarar lo expuesto: «El pulpero encuadró su humanidad en el quicio» [«El asalto» (1958: 67)]; «el camión formaba parte de su humanidad poderosa», «toda su humanidad se va quedando sobre el trenzado de la fibra» [«La carga de cedro muerto» (1964a: 65)]; «La mujer apoyaba su doble humanidad contra el quicio de la puerta» [«Del barro» (1964a: 40)]; «Se le despegaba con toda la horripilante humanidad de una postilla gigantesca» [«Las manos grandes de la niebla» (1964a: 7)]; «El hombre tendrá unos treinta años. Su humanidad toda estaba escondida en el hueco de su mirada triste, difusa, como si hubiese perdido su objeto» [«El hombre se calló y dijo» (1964a: 23)].

José Ángel Ascunce defiende esta misma idea cuando afirma que «los tratamientos líricos sobre el material del dato objetivo sirven para

dignificar, humanizar o exaltar a unos seres disminuidos y marginales en un contexto geográfico deshumanizado y opresor» (2002: 154). También Iñaki Beti insiste en esta idea en su introducción a los relatos de Ugalde:

El impacto que produjo en la mente del escritor su llegada a Venezuela y el contacto con los emigrantes origina un primer ciclo cuentístico que posee como eje temático principal el emigrante y su problemática. [...] Los cuentos del escritor guipuzcoano son tremendamente humanos en el sentido de que siempre giran alrededor de la figura del hombre y de su capacidad para relacionarse con los demás y con el espacio que le rodea (1992: XXI).

En efecto, la variedad de razas humanas, sus mestizajes y la fascinante naturaleza de Venezuela impactan a Ugalde a su llegada; y así, el joven recién llegado descubre muy pronto que «el sortilegio de América llena de indios con reloj de cadena era sólo un destello de purpurina» y que en aquella Venezuela imaginada de niño —vinculada inocentemente a «una colección de estampas pegadas a unas delgadas pastillas de chocolate «Nelia»—, «todo, incluido el hombre, es menudo; menos la tierra, el mar y la candela del sol» (1963: 9).¹³

La variadísima geodesia humana de obreros, criollos, o campesinos arrancados de sus tierras en pos de un progreso incierto, y los hombres y mujeres emigrantes, que tras abandonar su patria de origen por razón de la pobreza extrema o la represión de las libertades, pueblan aquella Venezuela compleja, se torna para el escritor vasco en una realidad tan impactante como narrativamente ficcionable, dando pie a la construcción de un relato de tono social, babélico y repleto de acentos e idiomas a menudo incomprensibles entre sí: «Sí, señor, que la familia González vive aquí. Me lo dijeron antier. Yo conozco bien esto, ¿sabe? Esto era “todo vegas y siembra de chinos, italianos y portugueses”. [...] Tuto esto era pura casa —me decía un *albañile* italiano que llevaba 15 días parato en Paguita. Y me mostraba el altozano despejado de Miraflores» (1963: 222).

La cartografía de personajes de Ugalde es, justamente, tal como afirma poéticamente uno de los personajes de *La semilla vieja* mientras observa la llegada al muelle de un barco cargado de emigrantes, «un mundo de acentos» (52). El mismo personaje, español para más señas, apenas consigue deletrear los nombres extranjeros de los barcos atracados —«Fue leyendo

¹³ Las impresiones sensoriales de los exiliados vascos frente a la inconmensurable Venezuela quedan descritas en el artículo «La ciudad que compartimos», de Miguel Salvador Córdón, amigo de Ugalde.

“Stratford”, “Bergen”, “Txori Mendi”, deletreando, porque eran nombres extranjeros» (43)— mientras un emigrante de procedencia china le sirve un café. El catedrático húngaro de «La luz se apaga al amanecer» no puede ejercer de profesor por no conocer la lengua de su nuevo país de adopción, lo que obligará a su mujer —a la que los vecinos llaman «la húngara» despectivamente— a prostituirse para sacar adelante a su familia. En «El asalto», Anelso y su mujer se comunican en portugués mientras la ira contra ellos se desata entre los manifestantes que terminan por quemarles el negocio al grito de «¡Abajo los extranjeros! ¡Portugués del carajo!» (63). El dogmatismo xenófobo se repite en «El espía», donde asistimos a la detención de un albañil italiano inocente por el mero hecho de ser extranjero. También en este caso los personajes se comunican en su lengua vernácula, igual que en el relato que da nombre a la obra, «La semilla vieja»: «Yo credo que non sone le rádiche; é el tratore que non jala por il lado justo» (75). En este cuento, Anastase se rebela veladamente contra su compañero Nico por la actitud racista de éste: «Mira Suárez, no me digas siciliano como si quisieses decir otra cosa, porque yo tengo un nombre, que es Anastase Santo, y a mí no me gustan esas cosas» (32).

Las referencias a la inmigración, si bien menos evidentes, también se hacen presentes en *Las manos grandes de la niebla*, donde los obreros que pueblan los relatos a menudo se asombran de que lleguen «hombres de tan lejos que hasta hablan lenguas diferentes» (48). En este caso la emigración mostrada es la de los jóvenes campesinos, capaces de observar la difícil pelea de sus viejos contra los pedregales y las pendientes, buscando salida hacia otras regiones del país, generalmente a ciudades como Maracaibo y Caracas, que «los engullen sin que nadie tenga conciencia de su tragedia» (1992a: 134). El escritor se lamenta de que «estando Venezuela tan necesitada de gentes que conozcan la tierra, la quieran y la trabajen con cariño, obliga a sus hijos a desplazarse hacia las ciudades, que ya están atestadas de gentes sin oficio» (1963: 135). La paradoja reside en que «mientras se buscan campesinos en Europa», los campesinos venezolanos se desplazan desde sus tierras en el campo —«pedregales sin esperanza»— hacia «la solución que se les antojan las ciudades, el típico señuelo brillante y luminoso tras el que se esconden todas las estafas» (1963: 135).

Ugalde abre su libro de reportajes *Cuando los peces mueren de sed* con un prólogo titulado «La cara de los inmigrantes», que resulta un incuestionable alegato a favor de «la cara sana y noble de la inmigración; si la inmigración tiene en verdad alguna cara definida» (7). En dicho texto destaca de forma obvia la identificación con las capas más desfavorecidas de la sociedad venezolana y su compromiso ético de deshacer estereotipos y prejuicios con respecto a los excluidos. Ugalde insiste —«frente al recelo popular»

(8)— en la indiscutible contribución de esta masa de extranjeros a la Venezuela que inmersa en una transición política luchaba por hacer frente a las sombras de miseria que la eclosión de la industria petrolífera había traído consigo. Tal como afirma el personaje central del relato «La llegada de Engracia», el escritor defiende que la gran mayoría de los emigrantes llegaban a Venezuela con buenas intenciones: «Pero lo decía Juan para su camisa: a América se viene a sacrificarse y a ahorrar, porque para comido por lo servido se queda uno en su pueblo, que allí en cualquier apuro siquiera lo conocen a uno desde los abuelos» (1958: 49).

Según Ugalde, «a la inmigración se le juzga muchas veces por sus caras, y se le encuentran rostros buenos y talentos malos, como a un enfermo convaleciente» (1963: 119), pero «desgraciadamente, en la cara de sudores y de grietas de polvo y de sol que está levantando los muros de las nuevas edificaciones [...] se esconde precisamente el problema más hondo de incompreensión humana» (1963: 120). Criollos e inmigrantes presentan, según Ugalde, una problemática común y, en ese sentido, el escritor se refiere con preocupación a la xenofobia de los primeros contra los segundos:

el hombre que está abriendo el surco de la nueva semilla, que está aguantando el temblor desbocado del martillo de aire comprimido durante ocho y diez horas o que está extendiendo las capas de cemento de la Venezuela de hoy y la que viene, hombro con hombro con el criollo, en esa gente que pasea la nobleza de su esfuerzo sin ninguna ostentación, que no tiene tiempo de meterse en política ni conoce al majadero de Gagliardi (1963: 122).

Por encima de la diversidad lingüística, la genealogía, el origen, la raza o incluso la clase social a la que pertenezcan los personajes de Ugalde, éstos son tratados con el lirismo y la empatía del que concibe la humanidad como condicionada por situaciones hostiles y circunstancias cotidianas que se escapan a su propia voluntad. Según Ugalde, las diferencias entre los seres humanos son inexistentes cuando se pone el acento en lo esencial:

Mirando de arriba se ven las cosas como si estuviesen paradas de cabeza. El hombre es un punto escurridizo en el espacio. Todos los puntos, iguales. El hombre zambo y corto es un punto. El hombre estirado y largo es otro punto. Visto desde arriba, no hay hombre grande. Las carreteras son ríos movibles de lata al sol. Quien ha forjado esa lata y la ha puesto a brillar es el hombre, ese puntico que corre en zigzag sorteando los obstáculos que ha creado él mismo. Las rayas rectas que rompen la ciudad en pedazos las ha destrozado el punto cuando se ha puesto a mover una velocidad nueva (1964a: 42).

Por ese motivo, el periodista opone la «inmigración como símbolo colectivo» (1963: 8) —definido como «el aporte de brazos y de buena fe que ha llegado al país a dar lo mejor de su esfuerzo» (1963: 119)— a los que llegan con la innoble intención de un enriquecimiento rápido y sin escrúpulos, y se congratula del talante afectivo y cabal con el que la mayor parte de los venezolanos y los medios de comunicación del país reciben la nueva mano de obra: «Es alentadora la manera con que muchos intelectuales, y todos los periódicos, y todas las emisoras y televisores del país, han respaldado la actitud de nuestras autoridades. Pero queda a pesar de todo un hondo recelo popular frente a la mayoría inmigratoria» (1963: 120).

Sin embargo, consciente del «recelo popular» con respecto a la inmigración latente aún en las clases populares venezolanas, Ugalde insiste en la afinidad de los inmigrantes con los criollos y las masas constituyentes del pueblo venezolano más humilde que, equivocadamente, a menudo consideran que los extranjeros son responsables del «desempleo y desajuste» que sufre la nación en su desmedido desarrollo (1963: 120). Según el periodista, «no son [los inmigrantes] los culpables de los problemas derivados de este desarrollo; ni tampoco tienen culpa los criollos que sufren las consecuencias de su llegada, quedando a un lado del camino de progreso de su propio país debido a una muy natural diligencia del que llega, quien se aferra angustiosamente a las condiciones de trabajo que le ofrecen para sobrevivir en un mundo que todavía le es extraño» (1963: 120). Precisamente, Ugalde reflexiona sobre la necesidad de ahondar en la convivencia de estas clases más desfavorecidas insistiendo en la solidaridad entre ellas —«todos estamos malucos del no comer; todos los pobres estamos descontrolados» (1964a: 37)— y afirmando que «no hay duda que el ancho regazo de Venezuela necesita de todos, y para garantizar su convivencia habrá que tomar las medidas de seguridad y justicia necesarias» (1963: 121).

Las responsabilidades de la miseria de las clases más desfavorecidas las reparte Ugalde entre, por un lado, los responsables de fomentar la inmigración para abaratar la mano de obra destinada a su propio beneficio y, por otro, «la cara del inmigrante que ha llegado a patrón, que se ha amparado en la dictadura para apurar su negocio y patear impunemente los derechos del trabajador, sea criollo o inmigrante, más inmigrante desamparado que criollo en su propia cancha» (1963: 121). El autor desarrolla así su crítica al inmigrante ávido de riqueza desaforada:

Claro que hay quien llega con la intención de saquear el país en un mes o dos y regresar a su patria, cualquiera que sea su procedencia de Europa, en América, en Asia o en África, porque Venezuela es hoy faro

deslumbrante de muchos aventureros en los cuatro rincones del mundo. [...] Hay también la cara de los que no rompen una cerradura, pero explotan otros recursos para llevarse gratuitamente, y hasta con bendiciones, miles de bolívares con que se hubiesen podido comprar kilómetros de acueducto o construir unas escuelas o se hubiesen podido pavimentar las calles de cualquiera de esos pueblos tristes de polvo y de sed con que uno tropieza apenas traspone los linderos de las ciudades venezolanas (1963: 120).

El afán de Ugalde por acercarse a Venezuela partiendo de reportajes detalladísimos o los relatos ficcionados a partir de toda una serie de elementos naturales, unos puros —en «De la niebla», «De la arena» y «De la madera»— y otros impuros —en «Del cemento» y «Del asfalto»— deben ser enmarcados en la tradición literaria de muchos países latinoamericanos —México, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile, además de Venezuela—, donde la ficción de novelas y relatos tendió a describir la vida cotidiana de las capas medias-bajas de la sociedad, trabajadores y pobladores de las áreas urbano-periféricas, dejando testimonio vivo de un periodo histórico de grandes cambios sociales.

Además, tal como afirman Lieuwen (15) y Vitale (55), durante la década de los cincuenta, y paralelamente al importante proceso de industrialización, se conoce en Venezuela un creciente interés por la antropología física y cultural del país. Esta tendencia —que tiene su origen a finales del siglo anterior a partir de los estudios antropológicos norteamericanos— llega indiscutiblemente ligada en el caso de Venezuela a los intereses comerciales de las grandes empresas petroleras. Dichas empresas, tratando de restituir —o, si se quiere, blanquear ideológicamente— el expolio natural que suponía su producción desahorada, se afanaron en la subvención de investigaciones antropológicas y publicaciones de revistas cuyo objeto era ahondar en el estudio de los recursos naturales y sociales de Venezuela para así contribuir al conocimiento de la geodesia natural y sociológica del país, «favoreciendo» —paradójicamente o interesadamente, si se quiere— la construcción de una identidad nacional que las propias empresas petrolíferas contribuían a atomizar. Revistas como *Nosotros* o *El Farol*, pertenecientes a la Creole Petroleum Corporation de la Standard Oil de New Jersey, en las que Ugalde trabajó durante quince años realizando reportajes en torno a aspectos y formas de vida venezolana poco conocidos, son ejemplos vivos de lo afirmado:

Recuerdo que en una reunión en la décima planta del edificio de la Compañía, en uno de los actos oficiales, un ministro venezolano dijo a un director de la compañía: «Esta revista *El Farol* es lo más venezolano que tiene la Creole». [...] Y era cierto que la colección de esta revista

da una idea de lo que es Venezuela en su geografía, en sus diversos recursos naturales, además del petróleo; se publicaron trabajos importantes de especialistas sobre conservación; había una gran preocupación por este campo de estudio sobre el país, sus aborígenes, la botánica, la agricultura, el agua como recurso, el folklore, la alfabetización, la historia del país, las biografías fundamentales de la nacionalidad, la economía local y latinoamericana, los ríos, el árbol y los bosques y selvas, el desarrollo industrial, el arte con grandes despliegues de color, la literatura, el mar y sus recursos, un énfasis importante en la arquitectura colonial y las más modernas corrientes, estudios importantes sobre zoología, con publicaciones dedicadas a especies en peligro de extinción (1963: 41-42).

Así, si tomamos el periodo comprendido entre los años 1951 y 1970, época en la que Ugalde colabora también incansablemente en publicaciones vascas clandestinas, observamos que las revistas *Élite*, *El Farol* o la *Revista Cultural de la Creole Petroleum Corporation* serán testigos de las preocupaciones del periodista referidas a su Venezuela de adopción. Estas preocupaciones se recogen también en el prólogo de su compilación de reportajes *Cuando los peces mueren de sed*:

En el espíritu con que inicié esta serie que se recoge en el libro [...] no existía de modo explícito la idea de comprender a Venezuela en su conjunto, territorio, hombre diverso en su propia lengua, sin olvidar al indio muy minoritario y sus lenguas vernáculas; era más modesta, se trataba de ir viendo y comprendiendo aquellos lugares por los que acerté a pasar alguna vez. [...] Planifiqué con mi compañero del Centro Vasco, Luis Las Heras, un viaje de trabajo para recorrer los Andes, eso sí, parándome en los trapiches, conversando con los hombres de ruana en los caminos solitarios. Y fue así, como se completa un puzle, como fui coronando lo que había en el subconsciente durante varios años de andaduras, como me fue creciendo dentro la idea de unirlos y completarlos, hasta que al final fui a buscar por instinto algunas piezas sueltas que en realidad no conocía (41).

En artículos como «Día de jornal», «Los periodistas visitan las instalaciones de la Orinoco.Co», «La tragedia del miércoles en Santa Teresa: 49 muertos», «¿Refinamos más petróleo en el país?», «Imágenes, rostros de fe creyente del pasado venezolano» o «Imágenes de la Semana Santa en Venezuela», Ugalde persigue el objetivo de describir, y celebrar, la vastísima naturaleza venezolana y su riqueza cultural, para lo cual va desgranando anécdotas de gran inmediatez, convirtiéndolas en reportajes en los que ya comienza a intuirse su peculiar estilo tan influido por autores vene-

zolanos de la época como Rómulo Gallegos, Guillermo Meneses y Alfredo Armas Alonso.

También la obra *Bajo estos techos*, en la que nos ofrece una aproximación biográfica a la figura de Simón Bolívar a través de la información histórica que está ligada a las casas en las que habitó, fue impulsada y financiada por la empresa petrolera Lagoven, que pretendía, como en el caso de las publicaciones financiadas por otras empresas petrolíferas norteamericanas, contribuir al «conocimiento del acontecer venezolano» y «servir a la cultura venezolana» —«sembrar el petróleo», tal como se recoge en el prólogo mismo de la obra de Ugalde (1979: 8)— mediante la promoción del estudio sobre aspectos tales como «la crítica, el ensayo histórico, la investigación antropológica, el pensamiento, la ecología, la tecnología, o el arte venezolanos» (1979: 8). Las publicaciones eran, además, de distribución pública y gratuita, lo que favoreció que las obras se repartieran masivamente entre la población venezolana.

Bajo estos techos permite a Ugalde poner de relieve al que fue un verdadero ejemplo heroico de lucha por la libertad; un personaje que, en función de las decisiones que tomó a lo largo de su vida, consiguió dotar de libertad a seis repúblicas americanas. Ugalde defiende que son personas con la autoridad moral y espíritu de lucha como los que presenta Simón Bolívar las que realmente necesitan en determinadas ocasiones los pueblos para reencontrar la libertad, algo que, desgraciadamente, en su tierra natal no se dio bajo el dominio del General Franco, contrapunto del personaje americano.

Además de centrarse en el reportaje, Ugalde publicó durante esta época varias entrevistas en la sección «El Personaje», de *Élite*. También los individuos entrevistados para esta sección muestran de forma clara el interés de Ugalde por conocer de cerca el cosmos cultural venezolano, convirtiéndose la entrevista en una fórmula de trabajo para la indagación y el conocimiento. Entre los entrevistados destacan Monseñor Feo, Lucía Palacios, Obdulio Álvarez o Alfredo Armas Alonso.¹⁴

En definitiva, la polifonía lingüística presente en sus relatos, los dialectos y los registros diversos en los que se expresan sus personajes, el fiel reflejo de los modismos criollos, la indagación en el alma venezolana a través de la intrahistoria de los tipos humanos indígenas y los seres desvalidos llegados desde otras tierras, las incursiones en la biografía de los héroes nacionales, la descripción detalladísima de la geodesia del país ca-

¹⁴ Otros entrevistados relevantes fueron Elisa Margarita Layrisse, Francisco Tamayo, Franz Conde Jahn, Lola Fuenmayor, Carlos Morales, Ernesto Balenilla Díaz, Raimundo Antonio Villegas Polanco, Ramón Medina Villasmil, Flor García, Mevorah Florentín, Joel Valencia Parpacen y Félix Carpio.

ribeño a través de sus reportajes o el recurso a las entrevistas consiguen dibujar una realidad heterogénea, contribuyendo a mostrar un cuadro impresionista del «mundo de acentos» que resultaba la Venezuela de la década de los cincuenta y sesenta, y a la que el personaje de «La llegada de Engracia» aludía (43). Tal como subrayaba líricamente el propio autor: «La selva, el llano, los grandes ríos, las costas de las playas de oro, el lago del petróleo y otros campos regados entre bosques, las islas. Eran mil kilómetros cuadrados donde vivía el venezolano en su diversidad, pegado a las posibilidades de la tierra, del río o del mar» (1963: 41).

Como afirma Beti, «el exilio le supuso a Martín Ugalde un poder de comprensión de lo específicamente humano» (2000: 498) —«la posibilidad de aprender la lengua internacional de la fraternidad humana» (Ugalde 1992a: 11)— y le permitió practicar una revisión explícita de los valores cristianos que lo habían sostenido hasta ese momento y habían constituido su primer andamiaje identitario de juventud. Así se lo admitía Ugalde a Torrealdai:

Sí, me interesó el país y sus gentes, trabajé para comprenderlos, por compartir sus problemas. Con la experiencia exterior, uno redescubre lo que es común al ser humano, al hombre, aunque ahora con otro acento de voz, a veces con otro color de piel, que valora las cosas de manera diferente que tú por la cultura, pero que comparte enteramente contigo los valores esenciales, como son el sentido de la amistad, de la solidaridad, de la generosidad, del afecto, del respeto a lo diverso que eres también tú para ellos. Es un desafío, sobre todo para el que llega, porque es él el que tiene que integrarse al medio y no al revés. Descubrí pronto que el camino era el mismo en todas partes: la cortesía, la franqueza, la buena fe y el espíritu de solidaridad y de trabajo y de entrega al país que te ha recibido (1998: 277).

El valor de su obra venezolana, en fin, entronca con una tradición latinoamericana de escritores que describen al margen de la historiografía tradicional la vida íntima de estos países. En palabras de Ascunce Arrieta, los temas que trata Martín de Ugalde en sus crónicas y reportajes «son cotidianos, corrientes, sacados de la misma vida de las gentes de ese país. [...] Esta búsqueda de la esencialidad vital no sólo dignifica los propios artículos, sino también las realidades retratadas» (1993: 75-6). Así lo indica también Vitale:

En definitiva, el cuento y la novela son una fuente testimonial relevante para la reconstrucción del pasado; como dijo el escritor Joaquín Edwards Bello: «hacen falta muchos novelistas que nos digan algo de la vida íntima, o de la sub-historia. Necesitamos saber qué se comía,

cómo se amaba, cómo se vestían las señoras, cómo calzaba la gente [...]. Es preciso conocer no solamente la copa del árbol, sino también las raíces» (52).

En estas coordenadas, mientras la obra de temática vasca del escritor podría bien definirse como un argumentario práctico cuya finalidad fue contribuir a la (re)construcción de la identidad comunitaria vasca silenciada durante el franquismo, su obra venezolana evidencia la interiorización de valores personalistas que conforman —hasta ser fuente de sentido y praxis— la identidad individual del escritor: un espacio, en suma, para poder (sobre)vivir en el exilio.

Bibliografía

- Adorno, Theodor. *Minima Moralia. Reflexiones desde la vida dañada*. Madrid: Akal, 1945.
- Amezaga, Henar. «El tema de la integración en los cuentos de Martín de Ugalde». *Martin Ugalde azterkizun. Encuentros con Martín de Ugalde*. Ed. Xabier Apaolaza, José Ángel Ascunce y Marién Nieva. San Sebastián: Saturrarán, 2002. 227-45.
- Angulo, Javier. «Los dramas que viví y el desarraigo que me han enriquecido». *El País*, 28 de enero de 1977: 56.
- Álvarez Arregui, Federico. «Identidad y exilio». *Los hijos del exilio vasco: arraigo o desarraigo*. Ed. José Ángel Ascunce y María Luisa San Miguel. San Sebastián: Saturrarán, 2004. 37-48.
- Ariznabarreta, Larraitz e Iñaki Beti. «Hablando con Martin Ugalde». *Martin Ugalde azterkizun. Encuentros con Martín de Ugalde*. Ed. Xabier Apaolaza, José Ángel Ascunce y Marién Nieva. San Sebastián. Saturrarán, 2002. 19-53.
- Ascunce Arrieta, José Ángel. «Martín de Ugalde: evocación y crítica en la obra literaria del exilio». *Sancho el Sabio* 3 (1993): 69-92.
- «Claves líricas en la narrativa de Martín de Ugalde». *Martin Ugalde azterkizun. Encuentros con Martín de Ugalde*. Ed. Xabier Apaolaza, José Ángel Ascunce y Marién Nieva. San Sebastián. Saturrarán, 2002. 153-77.
- Beti Sáez, Iñaki. «Introducción crítica». *Cuentos I. De la nueva tierra y los inmigrantes*, de Martín de Ugalde. Barcelona: Anthropos, 1992. IX-LXI.
- «Martín de Ugalde: un humanista en el exilio». *Sesenta años después. Euskal erbestearen kultura*. Vol. 2. Ed. Xabier Apaolaza, José Ángel Ascunce e Iratxe Momoitio. San Sebastián: Saturrarán, 2000. 489-98.
- Bocchino, Adriana A. «Escritura como lugar de arraigo en el exilio: Tununa Mercado y María Negroni». *452.ºF. Revista electrónica de la literatura y literatura comparada* 4 (2011): 92-109.
- Botella Pastor, Virgilio. «¿Por qué escribo sobre la guerra y el exilio?». *Ojáncano* 10 (1995): 50-61.

- Capra, Dominick. «Experience and Identity». *Identity Politics Reconsidered*. Ed. Linda Alcoff et al. New York: Palgrave Macmillan, 2006. 228-45.
- Castells, Manuel. *La era de la informacion. Economía, sociedad y cultura. La sociedad red*. Vol. 1. México, DF.: Siglo XXI, 1999.
- Darwish, Mahmoud. *El lecho de una extraña*. Madrid. Hiperión, 2005.
- González Allende, Iker y Joseba Pérez Moreno. «Análisis narrativo del recuerdo en “El regreso” y “Del cemento. La trampa del cemento” de Martín de Ugalde». *Martin Ugalde azterkizun. Encuentros con Martín de Ugalde*. Ed. Xabier Apaolaza, José Ángel Ascunce y Marién Nieva. San Sebastián: Saturrarán, 2002. 247-74.
- Gurruchaga, Ander. *La producción de la idea del Nosotros*. Vitoria: Gobierno Vasco, 2005.
- Kohut, Karl. *Literatura venezolana hoy*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 2004.
- Lieuwen, Edwin. *Venezuela*. London: Oxford University Press, 1961.
- Lizardo, José. «Martín de Ugalde o la pasión venezolana». *La República*, 2 de septiembre de 1964.
- Minh-ha, Trinh T. «Other than myself/ my other self». *Traveller's Tales: Narratives of Home and Displacement*. Ed. George Robertson. London: Routledge, 1994. 9-26.
- Rodríguez, María Pilar. «Subjetividad femenina y exilio en *Historia de un regreso*». *Martin Ugalde azterkizun. Encuentros con Martín de Ugalde*. Ed. Xabier Apaolaza, José Ángel Ascunce y Marién Nieva. San Sebastián: Saturrarán, 2002. 193-206.
- Said, Edward. *Reflections on Exile and Other Essays*. Massachusetts: Harvard University Press, 2000.
- Salvador Cordón, Miguel. «La ciudad que compartimos». *Martin Ugalde azterkizun. Encuentros con Martín de Ugalde*. Ed. Xabier Apaolaza, José Ángel Ascunce y Marién Nieva. San Sebastián. Saturrarán, 2002. 101-13.
- Torrealdai, Joan Mari. *Martin Ugalde. Andoaindik Hondarribira Caracasetik berrera*. San Sebastián: Jakin, 1998.
- *Martin Ugalde. Idazlan politikoak*. Andoain: Andoaingo Udala, 2003.
- Ugalde, Martin. «Día de jornal». *Élite*, 16 de junio de 1951.
- «Los periodistas visitan las instalaciones de la Orinoco.Co». *Élite*, 8 de marzo de 1952.
- «La tragedia del miércoles en Santa Teresa: 49 muertos». *Élite*, 19 de abril de 1952.
- «¿Refinamos más petróleo en el país?». *El Farol*, junio de 1954.
- «Imágenes, rostros de fe creyente del pasado venezolano». *El Farol*, abril de 1956.
- «Imágenes de la Semana Santa en Venezuela». *Revista Cultural de la Creole Petroleum Corporation* (1956).
- *La semilla vieja*. Caracas: Cromotip, 1958.
- *Cuando los peces mueren de sed*. Mérida: Universidad de los Andes, 1963.
- *Las manos grandes de la niebla*. Caracas: Cromotip, 1964a.
- *Ama gaxo dago*. Caracas: Cromotip, 1964b.

- *Unamuno y el vascuence*. Buenos Aires: Ekin, 1966.
 - *Síntesis de la historia del País Vasco*. Bilbao: Ediciones Vascas, 1974.
 - *Las brujas de Sorjín*. San Juan de Luz: Axular, 1975.
 - *Bajo estos techos*. Caracas: Lagoven, 1979.
 - *Itzulera baten historia*. San Sebastián: Elkar, 1990.
 - *Mientras tanto fue creciendo la ciudad*. San Sebastián: J.A. Ascunce, 1992a.
 - *Cuentos I: De la nueva tierra y los inmigrantes*. Ed. Iñaki Beti Sáez. Barcelona: Anthropos, 1992b.
 - *Pedrotxo*. San Sebastián: Elkar, 1995.
- Vitale, Luis. *Historia social comparada de los pueblos de América Latina: del Nacionalismo al Neoliberalismo (1900-1990)*. Archivo Chile, en línea.